

El centenario de la Revolución rusa

Ángel Vera Sánchez
Fotografías de Rosa Pérez

En el mes de febrero de 2017 se cumplieron 100 años de un proceso histórico que cambió el mundo: la Revolución rusa. Las consecuencias que tuvo de forma inmediata, y a lo largo del siglo XX, en las formulaciones políticas internas de los distintos países y en las relaciones internacionales son tales que sin tenerlas en cuenta es imposible explicar el mundo de hoy.



Las ponencias fueron acogidas por gran volumen de asistentes

El CELAN, con la colaboración del IES Pablo Serrano de Andorra, ha organizado para este año las jornadas "1917-2017. La Revolución rusa en su centenario. Un año crucial para la historia", con actividades en febrero y octubre, meses que remiten a las dos fases claves de aquel acontecimiento. En este mes de febrero tres conferencias y la película *Rojos*, de Warren Beatty, permitieron abordarlo.

La primera charla fue "Guerra y Revolución", a cargo de Javier Alquézar Penón, que reflejó la importancia de la Revolución rusa en la historia, los antecedentes de la Rusia zarista, las causas de diversa índole, situando a la Gran Guerra por encima de todas, el desarrollo de la Revolución burguesa de Febrero, el progresivo ascenso del partido bolchevique liderado por Lenin, la Revolución de Octubre con la toma del Palacio de Invierno y los bolcheviques en el poder, las consecuencias de la Paz de Brest-Litovsk en 1918 y la guerra civil rusa (1918-1920), unida a la intervención extranjera, y, finalmente, las consecuencias de la victoria del Ejército Rojo, la escisión del movimiento obrero, la nueva política económica y la creación de la URSS.

La segunda conferencia, "El impacto de la revolución sobre la izquierda y la derecha europeas", corrió a cargo de Ramiro Trullén Floría, que analizó los antecedentes y el contexto internacional de la Revolución rusa, destacó la importancia de

1914 y la Gran Guerra, que significó la quiebra de la idea de progreso y de la socialdemocracia, trayendo consigo ilusión y esperanza para unos, así como miedo y terror para otros, y que permitió el triunfo de la Revolución rusa en 1917. Asimismo, destacó cómo resulta inconcebible la creación y desarrollo en Occidente de los estados del bienestar de la segunda mitad del siglo XX sin la Unión Soviética, ya sea por influencia o por miedo. Un miedo de los estados occidentales que llevó a un continuo hostigamiento sobre la URSS, la cual dejaría de existir en 1991, sin haber conocido más de diez años de paz.

"Después de 1917: historia interna y política exterior en la Unión Soviética" fue el tema abordado en la tercera charla por Miguel Ángel Sanz Loroño, que realizó una visión completa de las consecuencias de la Revolución rusa. Recurriendo a Eric Hobsbawm, remarcó que "la URSS condicionó toda la política exterior e interior de Occidente en el siglo XX". Destacó su papel como principal vencedora de la Segunda Guerra Mundial, en el proceso de descolonización, el objetivo de mantener un cinturón de seguridad nacional ante posibles futuras invasiones, pero se había extinguido la idea de expandir la revolución. Además, dejó patente en su discurso la existencia todavía del debate historiográfico sobre quién inició la Guerra Fría, aunque para el ponente, fue, sin duda, Estados Unidos.

Una serie de preguntas realizadas a estos dos últimos ponentes nos ayudarán a conocer más y mejor la importancia de la Revolución rusa:

¿Es posible explicar la Revolución rusa sin tener en cuenta la I Guerra Mundial?

Sin duda no, pero iría más allá y diría que no puede entenderse la Revolución rusa sin el enfrentamiento imperialista entre potencias (incluido el previo al bélico) que marca una crisis esencial dentro del capitalismo. La Revolución rusa señala un intento bruscamente rupturista con el modelo de competencia imperialista entre Francia, Alemania y Gran Bretaña en su lucha por conquistar y preservar mercados a lo largo y ancho de todo el planeta.

¿Cómo ha cambiado la visión de la Unión Soviética en Occidente a lo largo de su existencia, desde su creación, pasando por la II Guerra Mundial y la Guerra Fría, hasta la actualidad?

La clave es quién es el observador. Para la derecha, fue una pesadilla desde su inicio hasta su derrumbamiento. Para la izquierda, una parte se sintió fascinada desde el principio y otra más escéptica, especialmente con las atrocidades de la época estalinista; pero, en todo caso, su avanzada Constitución, sus profundas reformas sociales (en las que se inspiró el estado de bienestar occidental) y, especialmente, su demostración de que un sistema alternativo al capitalismo podía crear riqueza y avanzar tecnológicamente a velocidad de vértigo (de la atrasada Rusia zarista a la temida potencia nuclear en apenas treinta años) la convirtieron en una especie de faro permanente, aunque intermitente, durante toda su existencia.

¿Qué debate historiográfico existe actualmente acerca de la Revolución rusa?

Siempre influido por el momento histórico actual, creo que en la Academia pesa mucho la derrota de 1989-91. En general, la hegemonía culturalista predomina en todos los estudios universitarios y la URSS no es desde luego una excepción, por lo que se la tiende a ver como un estado totalitario (equiparable en muchos sentidos a la Alemania nazi) y que surge como consecuencia de una revolución liberal-burguesa fallida que derivó (degeneró) en revolución social comunista.



Ramiro Trullén Floría durante su ponencia

¿Por qué debemos conmemorar y analizar la Revolución rusa desde la Historia?

Si antes de 1989 se pensaba que 1917 era, y seguiría siendo, una fecha tan importante como 1789, hoy se tiende a rebajar su importancia en exceso. 1917 no solo era el origen del siglo XX, sino que también era el origen del mayor experimento de ingeniería política, social y económica de la historia. 1917 venía a completar en el imaginario de la izquierda todo lo que no pudo hacer 1789. Si la URSS no se hubiese desgastado por varias razones que ahora no vienen al caso, 1917 hubiese permanecido como lo ha hecho 1789. Si la revolución socialista se hubiese extendido, 1917 habría superado a 1789 y se consideraría como el origen de una nueva edad en la historia de la humanidad. Pero 1989 sí ocurrió y, en cierto modo, al margen de toda tendencia política, 1917 ha quedado como el acontecimiento bisagra que dio origen al siglo XX. Solo por algo así, merece ser estudiado. En el centenario de la Revolución se tiende a publicar libros donde se denuncia la "monstruosidad" soviética, cosa que se ha hecho siempre, pero la novedad reside en la condena casi unánime de 1917 y toda la Revolución de Octubre que acabó, en la fantasía liberal inconsciente de estos historiadores, con una supuesta vía hacia la democracia y la modernización que tanto el zar como la Revolución de Febrero podrían haber garantizado para Rusia. Conviene recordar que las "monstruosidades", de ser tales, son el producto de contextos y campos de fuerzas muy particulares,

no el producto de una idea (marxismo), de un pensador (Marx), de un político (Lenin) o de una tendencia del carácter humano moderno (utopía). Es preciso recordar que octubre de 1917 hizo temblar de verdad y como nunca antes desde la Comuna de París de 1871 a todos los que eran el Poder. Octubre se fundamentó en sus tres decretos famosos de paz, pan y tierras. Y ese momento, como el asalto al Palacio de Invierno, merece, desde el punto de vista político, el recuerdo. Lo que vino después, que debe ser examinado con mucho cuidado y poco trazo grueso, no invalida, por mucho que quieran hacer los y las que publican contra esta revolución, que en octubre de 1917 brilló como nunca lo mejor de la humanidad, la posibilidad real de organizar la sociedad según los principios de una justicia universal. Y es por esta razón por la que debemos recordar y analizar la Revolución y su historia posterior.

¿El fin de la historia? ¿Cómo ha cambiado el mundo después de la Unión Soviética?

El fin de la historia fue un canto alborozado que el liberalismo vencedor en 1989 lanzó en forma de artículo, primero, y libro, después. A cargo de Francis Fukuyama, esta idea, antigua en el pensamiento moderno europeo, cobraba ahora un nuevo sentido: muerto el enemigo dialéctico comunista, que representa todo lo contrario y por tanto todo lo vicioso, el capitalismo no tenía, en principio, más enemigos a la vista. Habría perturbaciones y alborotos, integristas y terrorismos, pero no habría



Miguel Ángel Sanz Loroño durante su ponencia

una alternativa total al modo de producción capitalista. Esta idea, que hizo correr ríos de tinta, en realidad expresaba una realidad geopolítica e histórica. 1989 había sido una victoria total y aplastante sobre todo lo que fue identificado, justa o injustamente, con la experiencia soviética: igualdad social, utopía, control de la economía capitalista, principio de dignidad no basado en la propiedad, ingeniería social y política, cambio político profundo, etc. Todo lo que no fuese ese neoliberalismo triunfante (no olvidemos que la victoria fue una victoria cuya sombra se alarga hasta nuestro presente) que asistió entre sorprendido y eufórico al derrumbe soviético era lanzado al bando de lo soviético, de lo gris, de lo plomizo, burocrático, en una palabra, de lo antinatural. Lo natural fue identificado con el capitalismo, y todo desafío que remitiese a alguna posibilidad de imaginar, pensar y llevar a cabo una alternativa al capitalismo fue visto como antinatural. Este es el legado de 1989. No por casualidad hemos dejado de hablar en términos de contradicción, de desarrollo-subdesarrollo, explotación o ideología. Y ahora usamos un utillaje mental completamente purgado y romo que no permite comprender el mundo más que en términos liberales, que hacen cualquier cosa menos captar la totalidad de lo que vivimos y señalar a nuestros adversarios adecuadamente. Y es que esta impotencia política de la izquierda para seguir pensando en términos de totalidad, de utopía, de centro-periferia, de explotador-explotado se ha extendido tanto que, como afirmaba Fredric Jameson, somos más capaces de pensar y plasmar el fin del mundo que el fin del capitalismo y su sustitución por un modelo alternativo sostenible. Pero la dialéctica de la historia, que no acabó en 1989 como no empezó en 1917, es tozuda y nunca ha detenido su marcha. El fin de la historia es la expresión de una relación de fuerzas que, por su propia constitución, habrá de cambiar y modificarse. La sorpresa, como sorpresa fue el derrumbe soviético para todos, puede estar a la vuelta de la esquina.

Enseñanzas para hoy... ¿Qué ideas generales podemos extraer en la actualidad de la experiencia revolucionaria de 1917?

Lo que debemos recordar es la virtud del desafío al poder, de un desafío efectivo, real, que tumbó un régimen brutal y lo hizo en las condiciones que pudo y que determinaron su historia posterior. 1917 nos enseña la posibilidad de lo imposible, de la negación de lo que se consideraba natural y eterno. Octubre de 1917 brilla incandescente entre los momentos estelares de la humanidad, entre la aspiración a una justicia universal fundamentada en necesidades muy particulares (tierras, pan, paz) que solo podían satisfacerse mediante una organización social regida por esa justicia. Octubre de 1917 nos muestra que lo más pequeño puede contener un desafío a la totalidad precisamente porque solo puede darse mediante un rechazo de esa totalidad. 1917 es la audacia, es la espontaneidad, es la organización disciplinada, es un torbellino de fuerzas en las que destaca lo que hemos dicho más arriba: lo más común y necesario para poder vivir dignamente solo pudo conseguirse llevando a cabo un desafío total, en un momento de la historia en el que todo se puso del revés y boca abajo, en el que todo ser humano que quisiese serlo, en su concreta realidad de campesino, obrero, mujer, intelectual, fue tratado durante un breve tiempo como un principio universal y absoluto, como un ser humano dotado del derecho a una vida buena. No otro es el segundo sentido de "(e)utopía", 'vida buena'. 1917 fue el esplendor de esa posibilidad. Ha pasado un siglo y muchas derrotas. Pero todavía brilla.

Para concluir, las palabras del intelectual Josep Fontana pueden ser una buena síntesis para la reflexión:



Javier Alquézar durante su intervención

[...] Es evidente que este estudio [el de la Revolución rusa] no lo veo como un puro ejercicio intelectual sin fines prácticos. La utilidad que puede tener, que debe tener, es la de ayudarnos a rescatar de aquellos proyectos que no tuvieron éxito -por errores internos y por la hostilidad de todas las fuerzas que se oponían a los avances sociales que promovían- lo que pueda servirnos aún para el trabajo de construir una sociedad más libre y más igualitaria. Porque me parece indiscutible que el propósito que movió a los hombres de 1917 era legítimo. Como dijo Paul Eluard: "Había que creer, era necesario / creer que el hombre tiene el poder / de ser libre y de ser mejor que el destino que le ha sido asignado". Y pienso que necesitamos seguirlo creyendo hoy.